



HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

Consagrados por el Dios Trinidad
como comunidad de Hermanos:
Mensajeros y Apóstoles
enviados por la Iglesia para
hacer presente el Reino de Dios

25 de diciembre de 2009

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Consagrados por el Dios Trinidad
como comunidad de Hermanos:
Mensajeros y Apóstoles
enviados por la Iglesia para
hacer presente el Reino de Dios**

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General
25 de Diciembre de 2009

Por eso doblo mis rodillas delante del Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra. Que él se digne fortificarlos por medio de su Espíritu, conforme a la riqueza de su gloria, para que crezca en ustedes el hombre interior. Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios (Ef 3,14-19)

Hermanos:

La carta a los Efesios más que una carta es una oración a la Trinidad, como podemos verlo claramente en la cita anterior. El Padre, el Hijo y el Espíritu intervienen activamente para que cada uno de nosotros como miembro de la Iglesia, crezca en el hombre interior, se sienta habitado por Cristo, experimente y sea testigo de ese amor que supera todo conocimiento y nos colma de la plenitud de Dios. Es el Dios trino el que, como dirá Pablo a continuación, *nos capacita a los creyentes para la tarea del ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que logremos ser hombres perfectos, hasta que consigamos la madurez conforme a la plenitud de Cristo (Ef 4,12-13).*

Creo que es difícil expresar mejor cuál es nuestra misión en la Iglesia. Por pertenecer como consagrados y en palabras

del Vaticano II a la *vida y santidad* de la Iglesia y no a su *estructura jerárquica* (LG 44), lo nuestro es ser el corazón. Estamos emplazados a identificarnos más con Juan, el discípulo amado y amante, que con Pedro, el jefe, como lo ha escrito bellamente la religiosa brasileña Lucía Weiler: *El Discípulo Amado es un desafío para Pedro, invitando a la Iglesia Apostólica, que él representa, a convertirse constantemente, optando por el amor. Por eso en casi todas las ocasiones, Pedro y el Discípulo Amado aparecen juntos y en contraste o complementariedad... No es la institución, sino las relaciones de amor las que determinan la comunidad de seguimiento de Jesús.* Por vocación, como nos lo recordó el Congreso de Vida Consagrada del año 2004, lo nuestro es ser el rostro más humano y compasivo de la Iglesia.

En este sentido, el dominico Jesús Espeja considera que dentro de la comunidad cristiana la vida religiosa es una vocación “*con su singularidad*”, que define en estos términos: *Los religiosos en la Iglesia deben ser testigos de otra lógica muy distinta del poder que oprime y se impone por la fuerza; deben manifestar en la historia el amor gratuito del que se da sin retorno. No son superiores a nadie dentro de la comunidad cristiana; tampoco han recibido el poder para regir, santificar o enseñar al pueblo cristiano, que confieren a los ministros ordenados. Su misión es la significatividad u oferta moral: que los cristianos y quienes nos contemplan concluyan que los seres humanos son llamados al diálogo con Dios.* Y yo añadiría y a ser hermanos los unos de los otros.

Lo nuestro es continuar haciendo cada día realidad “*la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres...*” (Tt

3,4). Teresa de Lisieux había captado muy bien lo esencial de la vida consagrada cuando afirmaba: *Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido a mí misma en ninguno de los miembros que san Pablo enumera, sino que lo que yo deseaba era más bien verme en todos ellos. Entendí que la Iglesia tiene un cuerpo resultante de la unión de varios miembros, pero que en este cuerpo no falta el más necesario y noble de ellos: entendí que la Iglesia tiene un corazón y que este corazón está ardiendo en amor... En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado.*

Juan Pablo II, en la Carta Apostólica “*Novo Milenio Ineunte*”, indicaba que la Iglesia en este nuevo siglo debe *apostar por la caridad... proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano* (49). Es decir, tiene que ser humana y dar testimonio del Dios de Jesús, misericordioso y compasivo, siempre cerca del pobre *concreto* y del que sufre. Y continúa diciendo que hay que hacerlo con “*imaginación*” y *creatividad*” (NMI 50), de forma que todos vean que tienen manos y pies que son los nuestros, y que nos reconozcan, de acuerdo a la imagen sugerida por nuestro Fundador, como ángeles custodios de los niños y jóvenes que en su providencia amorosa el Señor nos ha confiado (cf. Med 197, 198). *Las necesidades de los jóvenes, el crecimiento de la Iglesia, el avance del Reino de Dios* son nuestros objetivos esenciales.

Esto en realidad sintetiza el aporte que como religiosos Hermanos estamos llamados a dar a la Iglesia y al mundo. *Están llamados a ser hermanos de Cristo, profundamente uni-*

dos a Él, primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29), hermanos entre sí por el amor mutuo y la colaboración al servicio del bien de la Iglesia, hermanos de todo hombre por el testimonio de la caridad de Cristo hacia todos, especialmente hacia los más pequeños, los más necesitados; hermanos para hacer que reine mayor fraternidad en la Iglesia (V.C. 60).

Este texto de *Vida Consagrada* despierta, sin duda, en muchos de nosotros el eco de lo que ya nos decía con tanta belleza nuestra Regla de 1987: *Gracias al carácter fraternal de su vida comunitaria y de su presencia activa y desinteresada al lado de aquéllos a quienes sirven, los Hermanos testimonian la posibilidad de instaurar una auténtica fraternidad entre los hombres y entre los pueblos (R 9)*. Estoy convencido de que como Hermanos podemos ofrecer a la Iglesia el testimonio de Cristo hermano y la llamada a continuar su misión para la construcción de un mundo donde todos puedan sentirse hermanos y hermanas a partir de la espiritualidad de comunión que hoy deseamos vivir todos en la Iglesia.

Este es nuestro principal aporte a la construcción del Reino de Dios, y este compromiso lo podemos vivir siempre, sin límites de edades y la asociación que hoy vivimos con los seculares, abre nuestra fraternidad a horizontes insospechados. Nuestra vocación anticipa el estado igualitario escatológico del Reino de Dios a cuyo servicio está la Iglesia y nuestra vida fraterna en comunidad lo hace presente. Me gusta pensar al Hermano como *sacramento de la dimensión horizontal* que nos impide llamar a las personas padre o maestro y nos invita a llamarnos y vivir como hermanos.

No dudo tampoco de que este testimonio pueda convertirse en uno de los aspectos más atractivos vocacionalmente para los jóvenes de hoy. Como nos dice Enzo Bianchi, prior de la comunidad de Bose: *Creo que no dejará de haber nuevas vocaciones a la vida religiosa si ésta sabe evitar el fosilizarse en formas y esquemas inmutables y del todo incomprensibles para unos jóvenes acostumbrados a la movilidad y a la “fluidez”. Me parece que un joven puede sentirse atraído por una comunidad religiosa cuando ve en ella un lugar donde experimentar el amor, donde su persona puede crecer y madurar; un lugar en el que sus preguntas de sentido son reconocidas y acogidas, y encuentra una respuesta creíble y convincente, es decir, límpida, sin dobleces ni hipocresías, en torno a propuestas concretas de vida cristiana. Vida adecuadamente seria y no edulcorada.*

Como en los dos últimos años, esta Carta Pastoral se inspira en algunas de las Meditaciones para el Tiempo de Retiro. En este caso se trata de las Meditaciones 197 y 198, en las cuáles el Fundador nos invita a considerarnos en nuestro servicio a los jóvenes como sus Ángeles custodios, y de las 199 y 200, en las que el Fundador nos motiva a vivir con fe intensa y celo ardiente el ministerio que la Iglesia nos ha confiado.

1. La Iglesia en el Vaticano II: Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Morada del Espíritu

Como decía Juan XXIII el Concilio Vaticano II abrió las ventanas de la Iglesia para que entrara un aire fresco. Posiblemente uno de los cambios refrescantes fue la eclesiología que nos propuso. Una Iglesia que más que estar centrada en sí misma se proclama misterio y sacramento, y pone en el

foco de sus intereses la misión y la salvación de todos especialmente de los más alejados, pobres y pequeños. A través de ella Dios nos revela su rostro materno. Una Iglesia que opta por la vida y el amor. Y esto es fuente de esperanza, como afirma Gabriel Marcel, al compartirnos su fe: *Si hay algo que creo de forma inquebrantable es que un mundo abandonado por el amor tiene que hundirse en la muerte, pero que donde el amor perdura, donde triunfa sobre todo lo que le gustaría envilecerlo, allí la muerte ha sido definitivamente vencida.* Una Iglesia de la Trinidad: Pueblo de Dios nuestro Padre, Cuerpo de Cristo nuestro Hermano, Morada del Espíritu nuestra fuerza.

Una Iglesia nacida de la Trinidad y que nos conduce hacia la Trinidad, no puede más que fundirnos en el amor, ya que como dice San Agustín al hablar de la Trinidad: *Aquí tenemos tres cosas: El Amante, el Amado y el Amor.* Y como comenta el Obispo italiano Bruno Forte: *A través del Hijo y del Espíritu es como la Trinidad viene a ofrecerse como el origen, el seno y la patria del amor: amado por Dios, el hombre puede hacerse capaz de amar a su prójimo.* Esta acción del Hijo y el Espíritu que los Padres llaman las dos manos del Padre, sintetizan lo esencial de la vocación de la Iglesia.

Sabemos que antes del Vaticano II, la eclesiología fácilmente acentuaba los aspectos visibles e institucionales de la Iglesia, más que el anuncio gozoso del misterio salvífico revelado por Jesús, misterio de comunión y de misión que brota de la Trinidad. *La Trinidad fuente e imagen ejemplar de la Iglesia, es por tanto su meta: nacida del Padre, por el Hijo, en el Espíritu. La comunión eclesial debe volver al Padre en el Es-*

píritu por el Hijo, hasta el día en que todo se someta al Hijo, y éste entregue todo al Padre, para que Dios sea “todo en todos” (Bruno Forte). Este día final será el del establecimiento pleno del Reino de Dios, ese Reino por el que la Iglesia trabaja y que rebasa sus fronteras. No podemos olvidar que este misterio, que abre la salvación a toda la humanidad, fue el que motivó a nuestro Fundador a reunir en comunidad a un grupo de Hermanos para colaborar en ese plan salvífico, consciente de que *Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*, y que si Dios lo quiere, tiene que dar los medios, y uno de esos medios es nuestro Instituto y la misión de dar educación humana y cristiana a los hijos de los artesanos y los pobres.

Si la Iglesia como misterio es icono de la Trinidad, como sacramento es invitación a la unidad. Una unidad que se revela como tarea, don y meta, y que compromete en la búsqueda apasionada del bien de toda la humanidad de la que se siente solidaria, que exige conversión y purificación permanente, diálogo paciente y comprensivo, conciencia evangélica, respeto a la diversidad. Unidad que tiene su prototipo, fuerza y dinamismo en la unidad Trinitaria, origen de una eclesiología de la comunión. *La Iglesia estructurada a ejemplo de la Trinidad, tendrá que mantenerse entonces alejada tanto de una uniformidad que aplaste y mortifique la originalidad y la riqueza de los dones del Espíritu, como de toda contraposición desgarradora, que no resuelva en la comunión la tensión entre los diversos carismas y ministerios, en una fecunda y mutua recepción de las personas y las comunidades en la unidad de la fe, la esperanza y la caridad* (Bruno Forte).

A partir de la Trinidad es claro, que en la Iglesia es la comunidad y la relación entre las personas la que da origen a la institución; que el punto de partida es la igualdad antes que las diferencias de ministerios o funciones y que todos somos llamados a la santidad a partir de nuestra vocación específica. Realmente es más lo que nos une que lo que nos diferencia.

El Bautismo es el sacramento esencial del Pueblo de Dios que constituye a cada uno, a partir de su vocación específica, en reflejo de la Trinidad. Reflejo del Padre y de la gratuidad de su amor, reflejo del Hijo, en su misión de que todos tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10), reflejo del Espíritu estableciendo lazos de amor y amistad que nos permitan enriquecer a los demás y dejarnos enriquecer por ellos. El bautismo afianza esa igualdad originaria, tal como nos lo expresa nuestro Fundador en la Meditación de la Santísima Trinidad, al hablar de los niños y jóvenes que educamos: *ellos igual que vosotros desde su bautismo están consagrados a la Santísima Trinidad. De ella llevan las señales impresas en sus almas, y a este adorable misterio son deudores de la unción de la gracia, derramada en sus corazones* (Med 46,3).

• **Pueblo de Dios:** *Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anuncien las virtudes de Aquél que los llamó de las tinieblas a su luz admirable* (1 P 2,9).

Este es uno de los más bellos títulos que podamos dar a la Iglesia. Somos el pueblo del Padre, nuestro origen está en el corazón de Dios. Como afirma *Lumen Gentium*, citando los

Hechos, *en todo tiempo y en todo pueblo, es grato a Dios quien le teme y practica la justicia* (Hch 10,35), también lo es que, *sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que confesara en verdad y le sirviera santamente* (LG 9).

Se trata primeramente de un pueblo de iguales. Antes que las diversas vocaciones, estructuras, ministerios, funciones u organización está la comunidad eclesial en la que todos somos hijos del Padre, hermanos y hermanas, pueblo santo, sacerdocio real. El Concilio reemplaza el esquema piramidal por el circular, recordándonos con el Evangelio que *no debe ser así entre ustedes. El que quiera ser importante entre ustedes, que sea su servidor, y el que quiera ser el primero entre ustedes que sea esclavo de todos* (Mc 10,43-44). En este Pueblo de Dios, como dice San Pablo, *ya no hay, ni judío ni gentil, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer*, todos somos hermanos y hermanas, entrelazados en una relación familiar de características divinas.

Pero somos también un pueblo de peregrinos en búsqueda de la *ciudad futura y permanente*. Por consiguiente nos debemos sentir siempre en camino, comprometidos con nuestra historia y nuestro mundo, creciendo como personas, creyentes, consagrados, comunidad... conscientes de nuestras debilidades e infidelidades, necesitados de la misericordia y perdón de Dios.

Esta imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios tiene un enorme potencial y un poder explosivo, como nos dice el religioso verbita, John Fuellenbach. Es un llamado perma-

nente a poner siempre de relieve y en primer lugar el carácter comunitario de la Iglesia, *una comunidad en la que no hay jefes y subordinados, sino solamente iguales que se sirven unos a otros como hermanos y hermanas en una comunidad en la que la compasión y la justicia son el cristal con que se miran los valores esenciales de un modo alternativo de pensar la sociedad. En definitiva, la Iglesia está llamada a ser, ya desde ahora en la tierra, un icono de la Trinidad.*

En este sentido podemos hablar también de compartir nuestro carisma con el Pueblo de Dios y de no reservarlo exclusivamente para nosotros. En uno de los últimos documentos sobre la Vida Consagrada, Caminar desde Cristo, se nos pide expresamente esto cuando nos dice: *Hoy se descubre cada vez más el hecho de que los carismas de los fundadores y fundadoras, habiendo surgido para bien de todos, deben ser de nuevo puestos en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios (Caminar desde Cristo, 31).*

• **Cuerpo de Cristo:** *Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros (Rm 12,4-5).*

Si Pueblo de Dios indica múltiples formas de pertenencia, Cuerpo de Cristo resalta la unidad que debe caracterizar a todos los seguidores de Jesús. *La multiplicidad de los miembros y la variedad de las funciones no pueden ir en perjuicio de*

la unidad, así como la unidad no puede anular o destruir la multiplicidad y la variedad de los miembros y de las funciones (Juan Pablo II).

Cuerpo de Cristo, expresa la relación de todos los miembros entre sí. Diferentes pero necesarios y complementarios. No se trata de una suma heterogénea sino de un organismo unificado, podríamos hablar de una identidad colectiva o una personalidad corporativa. Se trata de una integración dinámica en la que cada uno se siente aceptado, amado, respetado, protagonista y responsable; en la que se comparten las alegrías, las esperanzas, las penas y las incertidumbres. De ahí la relación constante que en San Pablo tiene el Cuerpo de Cristo y el amor. Así en la Carta a los Romanos, después de presentarnos los diferentes carismas al servicio de la comunidad, Pablo concluye: *Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor (Rm 12,9-11).*

Para San Pablo también es muy claro, que Cristo es la cabeza de este cuerpo, y que por consiguiente todo debe orientarse hacia él. La Iglesia no puede estar centrada en ella misma, sino en Cristo y su misión salvífica de la humanidad: *siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor (Ef 4,15-16).*

La doctrina de la Iglesia sobre el Cuerpo de Cristo tiene una relación muy estrecha con la Eucaristía y refuerza la comunión a la que todos los miembros de la Iglesia estamos llamados. *Aun siendo muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos un mismo pan* (1 Cor 10,17). San Juan Crisóstomo nos dice al comentar este texto: *¿Qué es el pan? Cuerpo de Cristo. ¿Qué se hacen aquellos que lo reciben? Cuerpo de Cristo. No muchos cuerpos, sino un solo cuerpo. Si pues, todos existimos por lo mismo y todos nos hacemos lo mismo, ¿por qué no mostramos luego también el mismo amor, por qué no nos hacemos también una sola cosa en este sentido?* La consecuencia es lógica. El amor, el servicio y la entrega a los demás son consecuencias normales de la recepción de la Eucaristía.

Por consiguiente, hay una relación fundamental entre la institución de la Eucaristía y la fraternidad. Pero también, con el servicio y la entrega como lo expresa el texto paralelo de Juan en el episodio del lavatorio de los pies. *Así pues, el vínculo entre el Siervo y la Cena no es accidental, sino que forma parte del sentido mismo del banquete eucarístico. En virtud de la fraternidad en el convite, la comunidad eucarística tiene que comulgar de la suerte del Siervo, haciéndose también ella sierva: comiendo el cuerpo-dado tiene que hacerse, por la fuerza que éste le comunica, cuerpo-ecclesial-dado, cuerpo-ofrecido-por-la-muchedumbre* (Bruno Forte).

Como los discípulos de Emaús nos sentimos llamados a compartir con nuestros hermanos y hermanas, en el interior de la Iglesia y en el seno de nuestras comunidades, nuestras historias, y construir con ellos un cuerpo de amor. Luego como comunidad ecclesial podemos salir en todas las direcciones y

llegar a toda la gente, especialmente a los jóvenes que educamos, con *los ojos abiertos y los corazones encendidos*.

• **Morada del Espíritu:** *En un solo Espíritu hemos sido bautizados para formar nada más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un mismo Espíritu (1 Cor 12,13).*

Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, la Iglesia es también templo y morada del Espíritu, y esto nos dice San Pablo, es consecuencia de que siendo familia de Dios y teniendo como piedra fundamental a Jesucristo, en él *todo el edificio, bien trabado va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor y en quien también ustedes van formando conjuntamente parte de la construcción, hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, morada de Dios (Ef 2,21-22)*. El Espíritu es el alma de la Iglesia, presencia viva, fuerza transformadora, fuego ardiente, agua viva. Es también el auténtico maestro, que nos conduce por caminos muchas veces insospechados, inesperados, tempestuosos y llenos de sorpresas. Hoy en la Iglesia y en el Instituto tenemos la tendencia a planificarlo todo y a ocupar el puesto del Espíritu con nuestros proyectos y programaciones y a veces no dejamos ninguna rendija por donde pueda colarse el Espíritu.

En este sentido sería bueno recordar lo que durante nuestro último Capítulo General nos decía la Hermana Sujita: *San Pablo vio la Iglesia no como una organización eficiente sino más bien como comunidad que es comunión de creyentes llenos del Espíritu Santo, enriquecidos por multitud de dones, todos comprometidos en la transformación del mundo en el Reino de*

Dios (1 Cor 12,4-7). Esto se puede decir también de nuestras comunidades. Esto construye comunidades en misión y para la misión. No es posible ninguna comunidad para la misión sin autotranscendencia. ¿No hemos experimentado el efecto agobiante de miembros que siguen un estilo de vida que refleja individualismo, consumismo y excesiva eficacia profesional? Los religiosos hemos elegido muchos valores del mundo en nombre de la eficacia, la prudencia y el sentido común. Sabemos que Jesús no fue particularmente conocido por su prudencia, eficacia o planificación estratégica. Pero la intimidad con su Abba, así como su compasión, le llevaron y facultaron para su misión hasta el fin. Jesús se dejó conducir por el Espíritu, no solamente al desierto sino también en cada paso de su vida y de su muerte, fiel en todo a la Voluntad del Padre que fue su alimento y éste es el camino que debe seguir la Iglesia y que con ella, debemos seguir nosotros.

El Fundador define la Iglesia como *el santuario donde reside Dios por medio del Espíritu Santo* (Med 199,3). El Espíritu es el verdadero protagonista y por quien debemos dejarnos conducir. De ahí su insistencia en que vivamos y actuemos por el movimiento del Espíritu. Es el Espíritu el que unifica la Iglesia en la comunión y el servicio; la guía y la sostiene en el tiempo; la renueva y vivifica sin cesar.

Como muy bien lo han expresado los Hermanos Michel Sauvage y Miguel Campos en un texto que sintetiza todo el libro *Anunciar el Evangelio a los pobres, el Espíritu Santo es quien gratifica al Hermano con los dones de la fe y del ministerio. El es quien lo introduce en un conocimiento siempre más profundo del "misterio" de Dios Vivo Salvador... El Espíritu es*

quien lo hace consciente de su responsabilidad en la realización de la salvación del mundo... El Espíritu es quien inspira a los Hermanos la decisión de encarnarse entre los pobres y “hacer historia” con ellos arrancándolos a la alienación de su condición sin esperanza, para introducirlos en la libertad filial, en la capacidad de servir a sus hermanos, en la espera escatológica de los bienes futuros.

2. Iglesia y Reino de Dios

Durante mis años en Roma he podido participar en muchos encuentros internacionales de nuestro Instituto incluyendo los cuatro últimos Capítulos Generales. Un tema que no deja de crear cierta controversia y que se repite frecuentemente, es si el mensaje del Instituto debe dirigirse a todos, teniendo en cuenta la pluralidad de situaciones y las diversas religiones de nuestros destinatarios, por lo que debe ser general y no tocar lo específicamente cristiano, o si por el contrario, la especificidad cristiana que nos caracteriza debe claramente manifestarse. Supongo que esta tensión también se vive en nuestros centros educativos cuando nuestros alumnos provienen de distintas tradiciones religiosas o son no creyentes.

Personalmente me parece un planteamiento equivocado. La Regla por una parte nos dice que, *el fin de este Instituto es procurar educación humana y cristiana a los jóvenes, especialmente a los pobres, según el ministerio que la Iglesia le confía* (R 3), y que *el Instituto quiere ser en el mundo de hoy, una presencia de la Iglesia evangelizadora* (R 11), y por otra afirma: *San Juan Bautista de La Salle renovó la escuela para hacerla accesible a los*

pobres y para ofrecerla a todos como signo del Reino y medio de salvación (R 3) y que: Este Instituto, atento sobre todo a las necesidades educativas de los pobres que aspiran a tener conciencia de su dignidad de hombres y de hijos de Dios e intentan que se la reconozcan, crea, renueva y diversifica las obras, según las necesidades del Reino de Dios (R 11).

Creo que estos textos de nuestra Regla recogen lo mejor de la tradición de nuestros orígenes, cuando nuestro Fundador nos decía con contundencia: *Lo que debe animaros, además, a tener gran celo en vuestro estado, es que no sólo sois los ministros de Dios, sino que también lo sois de Jesucristo y de la Iglesia (Med 201,2).* Y al añadir en la misma Meditación: *También es preciso que le demostréis a la Iglesia la calidad del amor que le profesáis, y que le deis pruebas de vuestro celo, pues trabajáis para la Iglesia, como cuerpo de Cristo que es, de la cual estáis constituidos ministros, según el mandato que Dios os dio de dispensarles su palabra (Med 201,2).* Nuestros primeros Hermanos en la carta que envían al Fundador en 1714 para que vuelva a hacerse cargo de la animación del Instituto manifiestan con sus palabras que este espíritu les había penetrado profundamente y marcaba su vida, y entre otras cosas dicen que debe volver *teniendo en vista la mayor gloria de Dios, el mayor bien de la Iglesia y de nuestra sociedad...* y afirman: *Todos están convencidos de que Dios le ha concedido las gracias y talentos necesarios para gobernar esta nueva compañía, que es de tanta utilidad para la Iglesia.*

Me parece que entre nuestras convicciones personales debemos sentirnos ministros de la Iglesia, enviados por ella, presencia evangelizadora y que debemos buscar el mayor bien

de la Iglesia ya que trabajamos para ella. Y esto siempre, no importa el contexto religioso en el que nos encontremos. Solamente cambia la forma. Siempre que se pueda explícitamente proponiendo sin imponer, y cuando no, indirectamente, trabajando por el Reino, ese sueño de Dios de un mundo en donde todos nos sintamos hijos e hijas de Dios y hermanos entre nosotros en una creación reconciliada. Reino que fue el objetivo principal de la predicación de Jesús y por consiguiente, el objetivo último de la Iglesia, que en Palabras de Juan Pablo II es germen, signo e instrumento del Reino (RM 18), y que se manifiesta en una actitud de respeto, de acogida, de diálogo, de ternura incondicional, de apertura a las diferencias. Siempre estamos llamados a abrir nuestros horizontes y no encerrarnos en un pequeño ghetto. *Nuestra vida religiosa se siente llamada por el deseo de ir: más allá, a las fronteras; estar más cerca, de la gente, de sus problemas y esperanzas; descender más abajo, al encuentro con los necesitados; ir más adentro, en la compasión de Dios por sus hijos* (Carlos del Valle SVD).

No podemos separar Iglesia y Reino. *No son lo mismo, sin embargo, así como la Iglesia no puede separarse del Reino al que sirve, así tampoco el Reino puede separarse de la Iglesia en la que está sacramentado. Diversidad y, al mismo tiempo, inseparabilidad, parece ser la justa comprensión de la relación entre ambas realidades, que el Concilio asume y aporta a la teología* (Carlos Palacio SJ).

Hablar del Reino es plantearnos una tensión entre el presente y el futuro. El Reino como realidad última pero ya presente en la historia. Realidad escatológica pero también

histórica. Jesús insistió en la presencia del Reino ya desde ahora (Mc 4,30-32; Mt 13,31; Lc 17,21...) Nuestro ministerio no es solamente trabajar por el Reino sino descubrir su presencia en y fuera de la Iglesia. *¿Somos capaces de darnos cuenta de la presencia del Reino? Dios no nos necesita tanto para instaurar el Reino como para advertir su presencia entre nosotros. Si somos acariciados por el Reino, seremos capaces de discernir su presencia en nuestras experiencias diarias, podremos percibir dicha presencia, mostrarla y dar testimonio de la misma en medio de la vida de las personas* (Lohfink).

Lo importante es no olvidar el designio universal de salvación y los caminos misteriosos del Espíritu, que sopla donde quiere. Por eso, como nos dice Bruno Forte: *Esta concepción motiva una actitud de apertura y de profundo respeto (a otras religiones), atenta a la alteridad de los mundos que allí se viven, consciente de que Cristo se entregó a la muerte por todos y que el don que el Padre hizo de él al mundo se significa y actualiza en plenitud por medio de la Iglesia, pero sabiendo igualmente que el Espíritu actúa también fuera de sus límites visibles.* El criterio fundamental para unos y para otros será la ley del amor, de manera que en cierto modo podríamos afirmar que sin fraternidad no hay salvación.

Como Hermanos nuestra contribución en la construcción del Reino la hacemos cuando somos testigos de Jesús, al que podríamos considerar como Reino encarnado. El es ya el Reino. Cuando proclamamos su Palabra, cuando en comunidad vivimos la fraternidad y lo anticipamos, cuando ofrecemos un modelo alternativo de sociedad basado en los valores del Evangelio, ya que como dice San Pablo, el *Reino es*

justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rm 14,17), cuando servimos a los pobres a quienes pertenece como lo dijo Jesús en la primera Bienaventuranza y como nos lo recuerda Santiago: Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? (St 2,5).

Quisiera detenerme en dos mediaciones que me parecen muy actuales y eficaces en nuestro servicio al Reino de Dios. La tarea, hoy más importante que nunca de humanizar y el cuidado que debemos tener e inculcar por la creación.

• Humanizar es evangelizar

Nos lo recordó Pablo VI en la Evangelii Nuntiandi, y a los Hermanos hace ya más de cuarenta años, la Declaración. Esta última nos dice que trabajar en educar personas libres es ya disponerlas a la fe; que evangelizamos cuando despertamos en los jóvenes el convencimiento reflejo de lo que vale su existencia y de lo sublime que es su destino humano cuando les ayuda a encontrar la verdad, a conquistar la propia libertad, a saber escuchar, amar, servir a los demás, cuando les inculca el amor de la justicia, de la fraternidad, de la fidelidad. *Procurar que el hombre comprenda la vida, la verdad y el amor, es ya realizar obra divina, pues el Reino de Dios no se constituye únicamente por la actividad de la Iglesia, sino también por el trabajo del mundo (Declaración 41,3).*

El no hacer diferencias, como nos invitaba el Fundador, cobra aquí un valor especial y es parte de la obra de Dios que estamos llamados a realizar. Por eso la Declaración con-

cluye diciéndonos: *Despertar en el hombre el interés por el mundo y por la vida; moverle a maravillarse ante la belleza de la creación, las multiformes riquezas del arte, las conquistas de la ciencia y de la técnica, las elucubraciones del pensamiento, las variedades de la civilización; ayudarle a descubrir la alegría de la amistad, y disponerle con ello a darse a los otros, es conseguir en concreto, que descubra, con “el impulso de la gracia, al Verbo de Dios, quien antes de hacerse carne para salvarlo y recapitularlo todo en Sí, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn 1,9)” (GS 57; Declaración 41,3).*

Más que las palabras, son convincentes las experiencias. Por eso quisiera compartir el testimonio de Vinesh Naidu, un joven de religión hindú, coordinador de los Servicios de los Jóvenes Lasalianos de Malasia. Nos narra así su experiencia de participación en la misión educativa lasaliana en un contexto multirreligioso: *Trece años recibiendo una educación lasaliana integral han ayudado firmemente a formar mi mente y corazón para llegar a ser la persona que actualmente soy. Han creado en mí la necesidad de ser consciente del poder que tiene el interesarse por los más necesitados.*

La vida de La Salle es ejemplar y su mensaje es lo suficientemente universal para trascender la raza y la religión. La sociedad de Malasia es multirracial y multirreligiosa, y una educación lasaliana aquí muestra un excelente ejemplo de cómo diferentes razas y culturas pueden juntarse y compartir una común fraternidad y hermandad que va más allá de los límites religiosos y raciales.

Mis compañeros de clase eran musulmanes, cristianos, budistas e hindúes. Raza, religión y credo no fueron nunca algo de lo que estuviéramos conscientes o viéramos necesidad de preocuparnos. Nuestra educación lasaliana nos consideraba iguales. Soy un hindú practicante, y hoy que trabajo en la misión de La Salle como coordinador de juventud, he tomado la fortaleza de su vida y soy enriquecido en mi vida personal de fe.

Mi actitud en la misión lasaliana es tocar, mover e inspirar a gente según mi propia capacidad. Trabajar con y para la misión laical me da un campo muy amplio para extender la idea de espiritualidad como una realidad vivida especialmente trabajando con el último, el marginado, el menor (en inglés: "last, lost, least") en la sociedad en que vivo. Y estoy convencido de que la espiritualidad lasaliana es más válida que nunca para la sociedad de hoy.

Este testimonio tan revelador, nos hace recordar a los muchos Hermanos y otros lasallistas que realizan su misión educativa con jóvenes de otras religiones. A nivel de ecumenismo, nuestras escuelas y universidades han jugado un papel extraordinario como presencia de Iglesia y en el diálogo de la vida. La unidad de los cristianos sigue siendo una prioridad y como decía el antiguo Patriarca de Jerusalén Michel Sabah: *¿No vale más la pena dar un paso juntos que tres solos?*

En cuanto al diálogo interreligioso, tenemos escuelas de mayoría musulmana, budista, hinduista, o con alumnos de diversas religiones. Estoy convencido que representan una de las más hermosas presencias de la Iglesia. Al igual que al Fundador, en estos ambientes no es la controversia de ideas

lo que nos interesa, sino solamente y a partir del diálogo de la vida, ofrecer a los niños y jóvenes posibilidades para su pleno desarrollo y para que *tengan vida y vida en abundancia*. Al facilitar el diálogo, la tolerancia y el respeto mutuo, estas obras ofrecen al mundo un servicio incalculable. Sin olvidar lo anterior, nos debemos sentir, al mismo tiempo, muy cercanos y solidarios de aquellos cristianos, que como en la India o Pakistán recientemente han sufrido la persecución y hasta la muerte.

Por otra parte, hoy nuestro mundo esta viviendo un proceso de deshumanización impresionante ante el que no podemos quedar indiferentes. Hoy es importante que ofrezcamos una propuesta humanista integradora y con bases éticas. Como decía el filósofo francés Edgar Morin, se trata de una propuesta con *un sentido del valor y la cualidad poética de la vida*, frente a la fragmentación del “homo economicus” que privilegia una visión de un desarrollo utilitarista y cuantitativo. Una propuesta que promueva una profunda solidaridad planetaria.

No debemos olvidar que formamos parte de la Iglesia que quiere presentarse a sí misma como “*experta en humanidad*”. Por consiguiente, el humanismo que debe caracterizar a la Iglesia en sus miembros e instituciones, no es algo que podamos tomar o dejar, darle importancia o no, sino dimensión fundamental y parte integral de su identidad, por ser la presencia histórica de Jesús, humano por excelencia. La pasión por la humanidad que nos debe caracterizar hoy es sobre todo ternura, solidaridad, cercanía, presencia, acogida, acompañamiento.

Si fijamos nuestros ojos en Jesús, consumidor de nuestra fe, podemos descubrir su profunda humanidad especialmente sensible a los pobres, a los marginados, a los menos amados. *Lo que hacía falta, según la visión de Jesús, no era acusar sino sanar. Jesús no veía en los otros, pecado y culpa, sino una condición herida y rota, y también enfermedad, confusión y miedo. A quienes eran pecadores según los escribas y fariseos, los veía Jesús como enfermos necesitados del médico. No necesitan médico los sanos sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores* (Mc 2,17) (Albert Nolan). La compasión fue su rasgo característico y debe seguir siendo el rasgo principal de la Iglesia y de la vida religiosa, llamadas a proseguir sus pasos.

• **Cielos nuevos y tierra nueva (Ap. 21, 1)**

*Repartiremos la tierra, la belleza, el amor.
Todo eso tiene sabor a pan,
forma de pan, germinación de harina.
Todo nació para ser compartido,
para ser entregado, para multiplicarse.
(Oda al Pan, Pablo Neruda)*

En los últimos meses, he recibido de parte de varios Hermanos la sugerencia de decir una palabra sobre el cuidado de la creación, que sin duda hoy debe ser parte integrante de nuestro ministerio educativo y que sin duda también es una manera de colaborar en la construcción del Reino, que la creación entera espera anhelante se manifieste. San Pablo nos lo dice con claridad: *la creación vive en la esperanza de ser ella también liberada de la servidumbre de la corrupción y*

participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente (Rm 8,20-22). El designio salvífico de Dios, el Reino de Dios no deja fuera a la creación. Ésta también está llamada a transformarse, por eso podemos hablar de cielos nuevos y tierra nueva. Esto supone un compromiso con nuestro mundo y con nuestra historia, coordinadas del proyecto salvífico de Dios.

Este llamado nos lo hace hoy también la Iglesia, así Benedicto XVI lo pedía a los jóvenes durante su visita a Loreto: *A las nuevas generaciones está encomendado el futuro del planeta, en el que son evidentes los signos de un desarrollo que no siempre ha sabido tutelar los delicados equilibrios de la naturaleza. Antes de que sea demasiado tarde, es preciso tomar medidas valientes, que puedan restablecer una fuerte alianza entre el hombre y la tierra. Es necesario un "sí" decisivo a la tutela de la creación y un compromiso fuerte para invertir las tendencias que pueden llevar a situaciones de degradación.* Y el Papa tiene una especial atención por los pobres que pueden ser los más desfavorecidos por esta situación: *Actualmente, el gran regalo de la Creación de Dios está expuesto a serios peligros y estilos de vida que lo degradan. La contaminación ambiental está haciendo particularmente insostenible las vidas de los pobres del mundo... debemos adoptar la promesa de cuidar la Creación y compartir sus recursos en solidaridad.*

Sin duda la preocupación por el cambio climático y sus consecuencias debe formar parte del currículo educativo de nuestros centros, así como la interiorización de actitudes de respeto, gratitud, amor y solicitud por nuestra madre tierra.

Todos debemos empeñarnos como decían los indios guaraníes del Paraguay en la búsqueda de *la tierra sin males*. Se trata de una alianza con la creación y de un sí decisivo en su tutela. La tierra es nuestra casa común, en ella nos realizamos como personas, nos encontramos con los demás, descubrimos a Dios. Tenemos el deber de despertar en los jóvenes la solidaridad para compartir sus recursos y de tomar los medios, por pequeños y desproporcionados que estos puedan parecer, para dejar a las generaciones futuras un mundo habitable. Y por otra parte aprender en este punto de los jóvenes, ya que como nos dice el Cardenal Martini: *Los jóvenes nos llevan la delantera en la dirección de la justicia. ¿Quiénes advierten a la industria acerca de la destrucción del medio ambiente, y quiénes protestan? La juventud tiene una conciencia nueva y sensible de lo que nosotros los teólogos, llamamos la creación. En este punto sólo podemos dejarnos arrastrar por ellos.*

3. Nuestra Misión en la Iglesia: Mensajeros y Apóstoles

Nos podríamos preguntar cuál fue la vivencia de Iglesia que tuvo nuestro Fundador. El siglo XVII francés estuvo marcado por una gran reforma pastoral inspirada en la espiritualidad sulpiciano y en grandes santos reformadores, entre ellos nuestro Fundador. En el momento de dejar la canonjía, descubre un nuevo modelo de Iglesia con el que se identifica, la Iglesia del pueblo sencillo y pobre. El discernimiento que realiza en ese momento, como nos lo ha recordado el Hermano Miguel Campos, le hace descubrir un Dios providente atento a las necesidades de los pobres y pequeños, un Dios que quiere que todos se salven. En su discernimiento nunca

separa la gloria de Dios, del bien de la Iglesia. Con los primeros Hermanos *el centro y el origen desde donde arranca su historia común es la gloria del Dios trinitario. El Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien se consagran, para procurar su gloria. Si los asociados y los pobres son el contexto relacional del discernimiento, el Dios presente en la historia es su razón de ser. Es Dios quien los llama, los convoca y los consagra.*

En un momento histórico marcado por tensiones doctrinarias como el jansenismo y el galicanismo, nuestro Fundador no entra en discusiones teóricas, sino que su preocupación es que los niños y jóvenes pobres alcancen la salvación. Seguramente el legado de la Escuela Francesa de espiritualidad, marcará sus decisiones que lo llevarán poco a poco, como él mismo nos lo confiesa, *de compromiso en compromiso*, a insertarse en un mundo muy diferente: el mundo de los maestros sin recursos y con poca preparación para su función, los niños y jóvenes abandonados, las familias de trabajadores, los jóvenes sin mayores horizontes.

Es en este contexto eclesial en dónde debemos situar los escritos espirituales que sobre la Iglesia nos dejó el Fundador. Escritos con una clara visión pastoral y orientados al ministerio que la Iglesia nos confía.

• **Ángeles custodios:** *En cuanto partícipes del ministerio de los ángeles custodios, dais a conocer a los niños las verdades del Evangelio, escogidos como habéis sido por Dios para anunciárselas. Por lo tanto, debéis enseñarles los medios para practicarlas, y tener sumo celo en procurar que las pongan por obra (Med 198,2).*

El Hermano Miguel Campos en una reflexión maravillosa, sobre el discernimiento lasallista, presentada en la Asamblea Internacional de la Misión y la Asociación Lasallista en el año 2006 nos decía al comentar las dos meditaciones en las que nuestro Fundador nos invita a ser ángeles custodios de nuestros alumnos y a relacionar nuestro ministerio con su función: *Los “ángeles” mensajeros que conocen esa realidad de los niños y jóvenes, del mundo, y que conocen el misterioso plan de Dios. Mensajeros que conocen y que revelan, que suben para mediar y que bajan para revelar. Maestros que conocen el misterioso plan de Dios y que conocen la realidad humana. Maestros que encarnan y que trascienden.*

Subir para mediar y bajar para revelar; maestros que encarnan y que trascienden. *De igual modo habéis de proceder vosotros con los niños que están confiados a vuestros cuidados. Vuestro deber es subir todos los días a Dios por la oración, para aprender de Él todo cuanto debéis enseñarles, y descender luego hasta ellos, acomodándoos a su capacidad, para instruirlos sobre lo que Dios os haya comunicado para ellos, tanto en la oración como en los libros sagrados, repletos de las verdades de la religión y las máximas del Santo Evangelio (Med 198,1).*

Me parece que mejor no se puede describir la misión que en su bondad el Señor nos ha encomendado. Estamos llamados como los ángeles a ser mediadores y mensajeros, y para esto tenemos que conocer a cabalidad las dos dimensiones que pretendemos unir: la bondad de Dios y la fragilidad de los niños y jóvenes. Al volver a leer las Meditaciones 197 y 198, lo que más me impresiona es por un lado la descripción que hace, en tono que nos puede parecer demasiado pesimista de

la fragilidad y vulnerabilidad de los niños y por otro la insistencia repetitiva de ser mediadores del Evangelio. Esta última idea la repite nueve veces en estas dos meditaciones.

Seguramente hoy tenemos una visión más positiva de la realidad de los niños y de la naturaleza humana, pero no es menos cierto, que los niños siguen siendo bajo muchos sentidos el eslabón más frágil y vulnerable de nuestras sociedades y que por consiguiente el llamado del Fundador sigue teniendo plena vigencia. La importancia que en los últimos años hemos dado a la defensa de los derechos del niño, nos hace ver con más fuerza que nunca la necesidad de mediadores y mensajeros de Dios cercanos, capaces de dar una mano, testigos de la compasión y ternura del Padre. *Admirad la bondad de Dios, que provee a todas las necesidades de sus criaturas, y los medios que toma para procurar a los hombres el conocimiento del verdadero bien, que es el que mira a la salvación de sus almas. Ofreceos a Él para ayudar en ello a los niños que tenéis encomendados tanto como lo exija de vosotros.* (Med 197,1).

Y el Fundador insiste también que no podemos quedarnos en este campo con teorías y elucubraciones, que debemos bajar a la praxis, que en cierto modo debemos hacernos niños y matricularnos a su escuela pues ellos deben ser también para nosotros maestros, acomodándonos a su edad y descubriendo en sus personas el rostro de Dios. *Tal es la función que debéis ejercer con vuestros discípulos. Es deber vuestro proceder de tal forma que, como hacen los ángeles custodios con vosotros, los comprometáis a practicar las máximas del Santo Evangelio; y les proporcionéis, para conseguirlo, me-*

dios para ello, fáciles y adecuados a su edad (Med 197,2).

Como los ángeles custodios, estamos llamados también a ser acompañantes. El icono más acabado es el de Rafael que acompaña al joven Tobías. Acompañar a los jóvenes es una de nuestras misiones más importantes. Sabemos lo difícil que es hoy ser joven y como muchos de ellos se encuentran en un desierto sin puntos de referencia ni de sentido, casi abandonados a su suerte. *Los jóvenes necesitan compañeros de camino, gente que comparta con ellos el pan y la sabiduría de la vida, que comparta una profunda experiencia espiritual, que les enseñe a orar y a contemplar, a leer los acontecimientos de la propia vida a la luz de la fe, sobre todo durante esos años críticos en que su fe será asaltada por el relativismo, el pluralismo, la indiferencia y los demás desafíos que la postmodernidad les irá presentando* (Pedro Castillo CM).

El secreto del acompañamiento está en lograr que cada uno se acepte a sí mismo como alguien único que debe aportar su propio don a los demás, porque si él no lo hace nadie podrá hacerlo por él y quedará un vacío en la historia. Acompañar es por consiguiente hacer sentir al joven que no está sólo, que su persona es valiosa e insustituible y que tiene una misión que realizar. Acompañar es ayudar al joven a conocerse, a estimarse y a confrontar su vida con los valores del Evangelio o como nos dice el Fundador en estas meditaciones y en lenguaje de su época con las *máximas del Evangelio*. El lazarista antes mencionado nos dice que para acompañar a un joven debemos con reverencia aceptar la invitación de Dios a Moisés, delante de la zarza: *Descálzate, quitate las sandalias, porque el lugar que pisas es tierra sagra-*

da (Ex 3,5). Estamos ante un misterio al que sólo podemos acercarnos con asombro, humildad, respeto y con la actitud no sólo de dar sino también de recibir. Acompañar es un acto de amor profundo, de aquel amor que nos hace decir con Gabriel Marcel: *tú no morirás jamás*.

Acompañar a un joven es ayudarle a enfrentar las preguntas más importantes que un ser humano debería plantearse. El Cardenal Martini en su libro *Coloquios nocturnos en Jerusalén*, nos pone algunos ejemplos: *¿Cómo encuentro mi verdadero camino, cuál es mi tarea de vida? ¿Cómo aprendo a amarme a mí mismo y amar a los demás? ¿Cómo adquiero la fuerza para no sucumbir en situaciones de conflicto – en el mundo real como es-, sino para ser más fuerte, para modificar algo con la fuerza de la esperanza? ¿Cómo hago para avanzar cada día en la fe, la esperanza y el amor? ¿Cómo es el amor que tengo y puedo regalar a los demás?*

Ser acompañante de los jóvenes no tiene límite de edad. La sabiduría de los años puede ser un instrumento muy valioso en este ministerio. No debemos olvidar cómo hoy en nuestra sociedad, la relación de abuelos a nietos tiende a sustituir en muchos casos aquella de padres a hijos.

• **Ministros de la Palabra:** *Considerad que puesto que en vuestro empleo tenéis que trabajar en el edificio de la Iglesia, sobre el cimiento que pusieron los apóstoles, instruyendo a los niños que Dios ha confiado a vuestros cuidados, de modo que formen parte de la estructura de este edificio, es preciso que ejerzáis vuestro empleo como cumplieron los apóstoles su ministerio (Med 200,1).*

Como nos dice el Hermano Luke Salm, uno de los elementos más sorprendentes en las meditaciones de La Salle para las fiestas de los apóstoles y en las dedicadas al tiempo de Retiro, es la audacia de relacionar la vocación del Hermano con el ministerio de los apóstoles. Este es un tema reiterativo en las meditaciones 199 y 200. Así hace una analogía de nuestro ministerio con el de San Pablo, y nos dice: *Sin compararos con este insigne santo, vosotros podéis decir, guardando la proporción existente entre vuestro empleo y el suyo, que hacéis lo mismo, y que en vuestra profesión ejercéis el mismo ministerio. Por eso debéis considerar vuestro empleo como una de las funciones más importantes y más necesarias en la Iglesia, de la que estáis encargados de parte de los pastores y de los padres y madres* (Med 199,1).

La fe es un don de Dios que estamos llamados a acompañar en su maduración y crecimiento. El Padre Arrupe decía: *La eficacia apostólica no es proporcional al hacer de los humanos, sino a que los humanos dejemos hacer a Dios. Es la estrategia de la debilidad reconocida y del convencimiento de la fuerza de Dios experimentada.* Y Jesús nos dice en el Evangelio: *Todo el que el Padre me ha dado vendrá a mí* (Jn 6,37). Se trata de una atracción amorosa e interior; describe esa chispa que se enciende cuando entre dos personas nace el amor. Ya Jeremías describía esta relación entre Dios e Israel con estas palabras: *Con lazos de amor te he atraído* (Jr 31,3).

En el fondo eso es la fe; lo nuestro es facilitar en los niños, jóvenes y todos aquellos que son objeto de nuestra misión, esa atracción del Padre en sus corazones. No se trata de un encargo externo, de un convencimiento racional, de una

obligación impuesta, de un imperativo moral sino más bien de una chispa de amor, capaz de encender una vida. Por eso la fe *no es una presencia tranquila y descontada, es una aceptación de las grandes sorpresas de Dios que a menudo desconciertan nuestros criterios y nuestras opiniones y nos invitan a reconocer a Dios incluso en la persona y en el momento más inesperado, como “el hijo de José”*. Un escritor inglés, Henry Dawson justamente afirmó que *“la fe no es en nosotros una inquilina cómoda y tranquila. Pero las inquietudes del ángel son mil veces más dulces que la calma del animal”* (Gianfranco Ravasi).

El Fundador en las meditaciones 199 y 200, nos presenta cuatro prioridades inspiradas en la praxis de los apóstoles que debemos continuar: la catequesis, la vida sacramental, la iniciación a la oración y el compromiso cristiano de la vida. *Así, pues, vosotros, que habéis sucedido a los apóstoles en su empleo de catequizar e instruir a los pobres, si queréis que vuestro ministerio sea tan útil a la Iglesia como puede serlo, debéis darles el catecismo todos los días, enseñándoles las verdades fundamentales de nuestra religión... (Med 200,1). El principal cuidado de los apóstoles después de haber instruido a los primeros fieles, era hacer que recibiesen los sacramentos, reunirlos para orar juntos y conseguir que vivieran según el espíritu del cristianismo. A eso estáis obligados vosotros en vuestro empleo, por encima de todo lo demás... (Med 200,2).*

Estas cuatro prioridades siguen teniendo plena actualidad. Sin embargo hoy, en un ambiente que tiende a secularizarse cada vez más, aún en aquellos continentes que por el momento siguen dando más importancia a los valores religiosos, estas prioridades deben encuadrarse en nuestro testimonio comunitario.

Creo que es la Palabra de Dios la que puede unificar todas estas dimensiones y que nuestro ministerio principal es ser Ministros de la Palabra. *Es evidente que una de las vías privilegiadas es la que da resonancia a la Palabra de Dios contenida en las Escrituras, a través de un método de lectura que sepa relacionar el texto con la vida. Una vida religiosa que se atreve a mostrarse como una comunidad de personas que viven bajo el primado de la Palabra de Dios, capaces de compartir en la caridad una vida humana y humanizante es, ciertamente, la apelación más fuerte que pueden recibir los jóvenes en medio de su búsqueda. Para esto es menester que las comunidades religiosas asuman una actitud de profunda simpatía hacia lo humano y crean – por que lo viven y lo experimentan - que el Evangelio puede orientar y dar plenitud de sentido a lo humano* (Enzo Bianchi, prior de la comunidad de Bose, VR, julio-septiembre 2008, pág. 36).

En el mismo sentido nos dice el Cardenal Martini: *Para mí, la base de la educación cristiana es la Biblia. Si tal es la base, hay muchas posibilidades y caminos que conducen todos hacia Dios. Si no pensamos bíblicamente nos hacemos estrechos, adquirimos anteojeras en lugar de la amplitud de miras de Dios. Y añade: Dios nos conduce a la amplitud cuando escuchamos a Jesús y miramos a los pobres, a los que están oprimidos, a los enfermos, cuando vamos hacia ellos y tomamos contacto físico con ellos. Entonces Dios nos enseña a pensar con amplitud.*

He citado anteriormente el libro del Cardenal Martini, *Coloquios nocturnos en Jerusalén*. Creo que todo Hermano debería leerlo. Es una apuesta valiente por los jóvenes y un acto de fe y de amor en la Iglesia. *Ha habido una época*

—nos confiesa— *en la que he soñado con una Iglesia en la pobreza y en la humildad, que no depende de las potencias de este mundo. Una Iglesia que da espacio a las personas que piensan más allá. Una Iglesia que transmite valor, en especial a quien se siente pequeño o pecador. Una Iglesia joven. Hoy ya no tengo esos sueños. Después de los 75 años he decidido rogar por la Iglesia.* Pero el Cardenal pide a los jóvenes que sean ellos sí profetas soñadores, capaces de comprometerse y de criticar, para hacer avanzar, y que así nos mantengan abiertos a las sorpresas del Espíritu. Entre algunos de sus pensamientos sobre los jóvenes me gustaría destacar los siguientes:

- *En la diócesis de Milán los jóvenes me ayudaron mucho a buscar respuestas a preguntas nuevas (pág. 16).*
- *Ante la pregunta: Si Jesús viniera ahora ¿cuál sería su inquietud más urgente? Creo que despertaría justamente a los jóvenes de buena posición y los pondría de su parte a fin de que, junto con él cambiaran el mundo. Cambiar el mundo significa liberar a los hombres de sus miedos... Y sobre todo, dar a los hombres un hogar para que se sientan cobijados, trátense de niños pequeños, extranjeros, ancianos, moribundos o enfermos. Creo que Jesús se buscaría para esa tarea a los más fuertes, y tales son en primer lugar los jóvenes (pág. 41).*
- *Lo que más me ha ayudado a ser cristiano es el trabajo con los jóvenes (pág. 43).*
- *Me da mucha alegría de que haya muchas comunidades católicas vivas, también con muchos jóvenes y un muy buen trabajo de pastoral juvenil. Sin embargo no podemos perder de vista*

que, en las últimas décadas, la Iglesia ha perdido a muchos jóvenes. Me pregunto cómo podemos recuperarlos (pág. 69).

- *Los jóvenes tienen algo que decirnos. Son Iglesia, con independencia de que coincidan o no con nuestros pensamientos y nuestras representaciones o con las prescripciones eclesiológicas. Este diálogo de igual a igual y no desde una postura de superioridad o de respectiva inferioridad garantiza el dinamismo de la Iglesia (págs. 76-77).*

- *Lo sorprendente es que cada vez son más los jóvenes que se dejan entusiasmar por la tarea de dirigirse a otros jóvenes y de estar atentos para percibir dónde hay otros que estén en dificultades. Para ellos es una vivencia maravillosa el ver qué fácil les resulta encontrar confianza, al constatar cuán agradecidos están otros jóvenes cuando alguien les escucha (pág. 84).*

- *Tal vez haya que partir simplemente de las dificultades y preguntas de los jóvenes y no de lo que se les quiere enseñar (pág. 89).*

- *No podemos enseñar nada a los jóvenes: podemos, sí ayudarlos a escuchar al maestro interior. Esta es la palabra de San Agustín, y suena extraña. Él dice expresamente que sólo podemos crear condiciones en las cuales un joven puede alcanzar comprensión. La comprensión tiene que dársele desde dentro (pág. 91).*

- *Sólo podemos abrirnos a los jóvenes partiendo de ellos mismos. ¿Cuáles son sus intereses? ¿Dónde viven? ¿Cómo viven ellos sus relaciones? ¿Qué critican y qué compromiso exigen de nosotros? (pág. 94).*

• *Para ser franco lo que me preocupa es la falta de coraje... Lo que yo quisiera decir a la juventud y a la Iglesia es: ¡Tened coraje! ¡Arriesgad algo! ¡Arriesgad vuestra vida! ¿Quién habría de colocar su vida en juego, sino aquellos que están arraigados en Dios? (págs. 98, 100).*

• *Si ayudo a un ser humano, percibo mi fortaleza... La primera tarea de las instituciones sociales y caritativas es conseguirles a todos los hombres de buena voluntad – y en primer lugar a los jóvenes – personas y situaciones donde se les necesite (pág. 191).*

4. Nuestra comunidad: iglesia doméstica

Pedid a menudo a san Miguel que tenga la bondad de proteger a esta pequeña familia y a esta iglesia de Jesucristo, según la expresión de san Pablo, que es nuestra comunidad; y que la ayude a conservar en sí el Espíritu de Jesucristo, y conceda a todos sus miembros las gracias que necesitan para mantenerse en su vocación y para procurar el espíritu del cristianismo a todos aquellos que tienen bajo su dirección (Med169,3, para la fiesta de San Miguel).

Si nuestra misión en la Iglesia es la de ser Mensajeros y Apóstoles empeñados en la construcción del Reino, particularmente en el corazón de los niños y jóvenes pobres, esto no significa que aquí acaba nuestra vinculación eclesial. Ésta tiene también una importante vertiente comunitaria. No podemos separar Misión de Comunión; hacemos y somos Iglesia. Y es casi conmovedor, ver como para nuestro Fundador cada comunidad de Hermanos, por pequeña que

pueda ser es una presencia de Iglesia, una pequeña familia, Iglesia de Jesucristo, célula viva del organismo eclesial. Es todo un desafío que nos permite captar mejor que nuestra misma vida comunitaria y el testimonio de fraternidad que vivimos es parte constitutiva de nuestra misión y anticipo del Reino de Dios.

El Vaticano II aplica la expresión *iglesia doméstica* a la familia, en donde los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo (LG 11). Algo semejante nos dice San Juan Bautista de La Salle, cuando nos recuerda que nuestra comunidad es el lugar privilegiado donde vivir el Evangelio, donde mutuamente nos apoyamos con el testimonio y afecto recíprocos.

En este sentido podemos recordar que uno de los medios de presencia de Dios que el Fundador nos propone, es el de la presencia de Jesucristo en medio de aquellos que están reunidos en su nombre gracias al Espíritu. Aquí no emplea la palabra Iglesia, pero no cabe duda de que describe una realidad eclesial. Que se trata de esa pequeña familia en la que Jesucristo está en medio de los Hermanos para darles su Espíritu, animarlos en su misión y en todas sus acciones, mantenerlos unidos, afianzarlos en su vocación, enseñarles las máximas del Evangelio y comprometerlos en su práctica, para que sean uno en Él (Cf. EMO 24-32).

• ***Nuestra pequeña Iglesia***

Nuestra comunidad, esa pequeña Iglesia, debe irradiar fe, esperanza y amor. Debemos potenciar la visibilidad de

nuestras comunidades. Muchas veces se nos reconoce por lo que hacemos, y generalmente, muy bien; pocas, por lo que somos. ¿Qué saben los jóvenes de nuestra vida de oración y de nuestro compartir la experiencia de Dios? ¿De nuestro vivir juntos como Hermanos, apoyándonos y amándonos? Debemos hacer más visible la dimensión comunitaria que nos hace Iglesia de Jesucristo. El teólogo español Luis González-Carvajal Santabárbara nos dice que la evangelización del futuro se basará cada vez más en el método del «*ven y verás*» (cf. Jn 1,39); ven a mi comunidad y descubrirás un estilo de vida alternativo, caracterizado:

- Por *la familiaridad con Dios* «que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15).
- La *igualdad humana*: «No llaméis a nadie “padre”, ni “maestro”, ni “señor” en la tierra, porque uno solo debe ser vuestro Padre, Maestro y Señor: El del Cielo. Todos vosotros sois *hermanos*» (Mt 23,8 10).
- El *servicio*: «Ya sabéis que en la tierra lo normal es que los jefes se endiosen. ¡Que no sea así entre vosotros! Entre vosotros el primero debe ser el esclavo de todos» (Mt 20,25 28).
- La *libertad*: «Para ser libres nos liberó Cristo, de modo que manteneos firmes y no os dejéis poner otra vez el yugo de la esclavitud» (Gal 5,1).
- El *compartir* frente al *tener*, como aquellos primeros cristianos que «vivían unidos y lo tenían todo en común» (Hech 2,44).

- El *amor incondicional*: «Os doy un mandamiento nuevo: Que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 13,34), es decir, hasta dar la vida por los demás (Jn 15,13).

Como pequeña Iglesia, somos también Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Morada del Espíritu. Como Pueblo de Dios, peregrinamos en la historia siendo partícipes de gozos y alegrías, de penas y angustias de toda la humanidad. Peregrinos en busca de la patria definitiva, nos hace sentirnos siempre en marcha y relativizar muchas cosas tendiendo siempre hacia la utopía del Reino. Como vida religiosa estamos llamados a ser conciencia de la condición peregrina de la Iglesia respondiendo con iniciativa y creatividad a los llamados de Dios en la historia. Como peregrinos debemos preocuparnos por que ninguno se quede en el camino; de ahí nuestro amor preferencial por los pobres, los pequeños, los caídos.

Como Cuerpo de Cristo, lo nuestro es la fraternidad que asegure la unidad y la comunión. Unir fuerzas para la misión, la amistad, el diálogo abierto, relaciones fraternas vitales y expresivas, corresponsabilidad, misión compartida, asociación para el servicio educativo de los pobres a partir de diferentes vocaciones en círculos concéntricos cada vez más amplios y en una búsqueda común.

Como Morada del Espíritu lo nuestro es ser testigos de la trascendencia, hombres interiores, testigos visibles del rostro materno de Dios, hacer realidad lo que ya nos pedía nuestro último Capítulo General: *Estamos llamados a ser compañeros de los demás en sus propios caminos de espiritualidad. Necesitamos Hermanos y comunidades que vivan con au-*

tenticidad evangélica. Necesitamos Hermanos y comunidades que desencadenen un proceso irrefrenable de conversión que nos ayude a responder a lo que Dios pide de nosotros (44º Capítulo General, 2.9).

• Amar a la Iglesia: La Iglesia es nuestra madre (Med 106,1).

Y si es nuestra madre, debemos estar profundamente unidos a ella nos dice el Fundador. Pero al mismo tiempo nos invita a tener, en asimilación vital con Cristo, un amor esponsal por ella. El Fundador nos presenta una visión mística de esta relación inspirada en las palabras de San Pablo. Si Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, nosotros debemos contribuir en la medida de todas nuestras fuerzas en *santificarla y purificarla con la palabra de vida, para que pueda comparecer ante Él llena de gloria, sin mancha, sin arruga y sin defecto, sino toda pura y toda hermosa* (Med 205,3). El Fundador nos invita a manifestar el amor que tenemos a la Iglesia en nuestra entrega incondicional a los niños y jóvenes que educamos. *Procurad por medio de vuestro celo, dar muestras sensibles de que amáis a los que Dios os ha confiado, como Jesucristo amó a su Iglesia* (Med 201,2). De manera, que la mejor forma de expresar nuestro amor a la Iglesia, es nuestro celo ardiente en el servicio de los niños, los jóvenes y todos aquéllos que el Señor nos ha confiado. Se trata de un amor hecho historia, reflejado en múltiples rostros, sobre todo el de los pobres, que nos hace salir de nosotros mismos y vivir para los demás. No es ni un amor platónico ni ciego. Sentimos a la Iglesia santa y pecadora, divina en su origen, humana y frágil en sus miembros, que ha puesto su tienda

en nuestro barro... joven y a veces cansada, que de vez en cuando nos decepciona y que quisiéramos más evangélica, pero que siempre es nuestra madre, y nos sentimos en la misma barca y en la misma aventura como hijos, con nuestras propias incoherencias, que la juzgan desde dentro y no como jueces que la condenan desde fuera.

El Padre Jesús María Lecea que este año acaba de terminar su ministerio de Superior General de los Escolapios, les escribía en una de sus cartas: *A esta Iglesia, la que existe, a pesar de incoherencias, infidelidades y hasta pecados, unido todo a testimonios de santidad, debemos la transmisión del evangelio y de la persona y vida del Verbo encarnado, Cristo Jesús. Se cuenta de Jacques Maritain, que apenas convertido al catolicismo, fue increpado por algún amigo ateo de insensatez y sinsentido al dar su nombre a una institución tan despreciable como la Iglesia. El respondió: "he descubierto en Cristo la perla preciosa y la he encontrado en la Iglesia; aunque ésta sea como un estercolero, me hundiré de cabeza en él con tal de atraparla". Hay en el amor a la Iglesia un "misterio de fe" de la pertenencia.*

Uno de los testimonios más impresionantes de su amor por la Iglesia fue el de Pablo VI, que, junto a su testamento, dejó una meditación sobre la muerte en la que expresa su profundo amor a la Iglesia. A la muerte del Papa fue publicada y recuerdo la impresión profunda que me causó como Hermano joven en mi primera comunidad. *Por tanto ruego al Señor que me dé la gracia de hacer de mi muerte próxima, don de amor para la Iglesia. Puedo decir que siempre la he amado; fue su amor quien me sacó de mi mezquino y selvático egoísmo y me encaminó a su servicio; y para ella, no*

para otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiese; y que yo tuviese la fuerza de decírselo, como una confidencia del corazón que sólo en el último momento de la vida se tiene el coraje de hacer. Quisiera finalmente abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Querría abrazarla, saludarla, amarla, en cada uno de los seres que la componen... (Pablo VI, *Meditación sobre la muerte*).

Y al mismo tiempo como Hermanos y como comunidad: pequeña familia, Iglesia de Jesucristo, debemos trabajar por hacer realidad esa Iglesia que todos soñamos. Una Iglesia comunidad de comunidades, cuyo corazón son las bienaventuranzas y su rostro más entrañable es el amor. Una Iglesia modesta sin pretensiones de grandeza como el grano de mostaza; que no excluye ni discrimina; donde los últimos son los primeros como en el Evangelio; preocupada, sobre todo, por los que se han ido de casa y los que no quieren entrar, como el padre “pródigo” de la parábola con sus dos hijos, o como el buen pastor con la oveja perdida.

Cuando participé en uno de los encuentros de Jóvenes la-sallistas de Italia en Turín hace dos años, visitamos el Arsenal de la paz, una estructura militar transformada en un centro acogedor de jóvenes y de asistencia a los más abandonados. Todos quedamos impresionados. La guerra trans-

formada en paz y en servicio. Su fundador es Ernesto Olivero, que ha fundado también un Servicio Misionero de Jóvenes para el voluntariado. Sus palabras, su visión, su sueño de Iglesia están avalados por un testimonio de vida excepcional: *Para muchos hoy la Iglesia es sinónimo de severidad, de aburrimiento, de prohibiciones. Sería bello, por el contrario, que la gente la viese con los brazos abiertos, como Jesús la pensó. Cuando Jesús dice: "Vengan a mi, todos los que están cansados y fatigados y yo los aliviaré" (Mt 11,28) da un rostro preciso a su Iglesia. Si un hombre vive un momento de angustia sin fin ¿a quién puede ir? Si un odio imprevisto irrumpe en una vida hasta la locura ¿quién podrá echar una mano? Si se es divorciado ¿qué futuro se puede tener en la Iglesia? Si un muchacho lucha contra la homosexualidad, si su cuerpo rehierve de sensaciones, ¿quién puede ayudarlo a liberarse? Si un excarcelado asesino después de haber descontado la pena, continúa sin dormir de noche por el remordimiento ¿quién lo calma? Si miles de jóvenes se sienten atraídos por la autodestrucción ¿quién es capaz de mirarlos a los ojos con ternura y escucharlos? Si los hombres y mujeres de Iglesia tienen un bastón en la mano, el juicio en los labios, la dureza en el corazón, son severos y basta, ¿esta gente a quién irá? Posiblemente a un cartomántico, a algún gurú, a alguna secta, pero no a la Iglesia.*

Por eso Ernesto Olivero y su movimiento abogan por una Iglesia que tenga el corazón grande del Padre, la compasión de Jesús, sobre todo hacia los perdidos, el amor del Espíritu, la acogida de María. Y nos podemos también preguntar: ¿qué imagen de Iglesia es la que nosotros proyectamos?

5. Iconos lasallistas para hacer presente el Reino:

Como en años anteriores me gustaría terminar esta carta compartiendo con ustedes algunos iconos que pueden servirnos de guía en nuestro ministerio de mensajeros y apóstoles para hacer presente el Reino de Dios.

• **Sucesores de los Apóstoles:** *Agradeced a Dios la merced que os ha hecho en vuestro empleo, al participar en el ministerio de los santos apóstoles y de los principales obispos y pastores de la Iglesia. Honrad vuestro ministerio, haciéndoos, como dice Pablo, dignos ministros del Nuevo Testamento* (Med 199,3).

Es el mismo Fundador el que nos propone este icono. Una vez más nos dice el Hermano Luke Salm: *En sus meditaciones compuestas para los Hermanos, La Salle propone la persona de los apóstoles como fuente y modelo de prácticas particulares de la vida espiritual. A Pedro lo propone como modelo de espíritu de fe, a Juan por su amor a Jesús y devoción a María... a Pablo por su celo apostólico...* Me limito a fijarme en algunos de ellos que me parecen son especialmente actuales para nosotros hoy.

Como en la primitiva Iglesia sospecho, que entre los apóstoles después de Pentecostés, tenemos entre nosotros varios Santiagos, más centrados en el pasado y temerosos del futuro con miedo a abrir las puertas más allá de la comunidad de Jerusalén y del mundo judío. Hermanos que tienen dificultad a abrirse a un carisma que no nos pertenece en exclusiva y a una misión que hoy es responsabilidad de Hermanos y Seglares; a nuevas iniciativas que respondan a las necesidades de los jóvenes, a los vientos imprevisibles del Espíritu. O Pe-

dros, que se sorprenden ante la novedad que comienza a nacer, pero al inicio les cuesta situarse, o Pablos que se abren a nuevas rutas y lugares, con perspectivas comunitarias inéditas, conviviendo con aquellos que antes no pertenecían a la Alianza. Personalmente me gustaría que hubiera muchos Pablos, sobre todo entre los Hermanos más jóvenes.

Quisiera también detenerme en otros dos apóstoles que son especialmente significativos para nosotros. Se trata de Juan y Andrés. Juan el apóstol del amor, el amigo de Jesús; Andrés, el compañero de camino. Ya en el inicio de esta carta hice alusión a nuestra identificación con el apóstol Juan. En la meditación que el Fundador nos dejó sobre San Juan, insiste en el amor que Jesús le manifestó y nos dice que nosotros también en nuestro estado necesitamos que Jesús nos honre con su amistad; al mismo tiempo nos invita a acudir a San Juan para ser dignos de las ternuras de la Virgen María (cf. Med 88).

El Cardenal Martini, a su vez, ve en Juan un icono para los jóvenes. Él era joven y sabemos también que uno de los valores que los jóvenes hoy más aprecian es precisamente la amistad. Juan nos muestra que sólo el amor nos puede llevar a Jesús. A pesar de sus ambiciones en la búsqueda de los primeros puestos, supo estar con Jesús en el momento del dolor y la muerte. El amor siempre es más fuerte que la muerte. *La Iglesia tiene que buscar hoy corazones ardientes como los de Juan. De ellos puede surgir algo nuevo. El Concilio Vaticano II fue convocado por un Papa que había tomado el nombre del amigo de Jesús. Ese Papa estaba tan entusiasmado por Jesús que saltó por encima de todos los muros y dio am-*

plio espacio a la acción del Espíritu, que sopla donde quiere. Su audacia provenía del amor. No hay otra cosa que yo desee con tanto anhelo como que hoy en día encontremos entre los jóvenes a algunos que sientan ese amor que lo reconozcan y que, después se arriesguen a tomar una gran decisión.

Andrés, es muy humano, y este es el significado de su nombre, es alguien que sabe acompañar. Acompaña al joven que tenía unos panes y unos peces en el episodio de la multiplicación (cf. Jn 6,8-12), lleva a su hermano Pedro a Jesús (cf. Jn 1,40-42), facilita a un grupo de griegos su encuentro con Jesús (cf. Jn 12,20-22).

Andrés puede ser nuestro modelo en el saber acompañar a nuestros Hermanos y a los jóvenes. Un acompañamiento discreto que lleva a Jesús. *Desde su propia experiencia comunica lo que ha descubierto. Propone, sin avasallar ni intentar convencer. Quien lo escucha tendrá que hacer su propio camino, tomar distancias, mirar, contemplar, dejarse fascinar por la persona de Jesús... y luego tomar su propia decisión. Andrés no se limita a dialogar y comunicar... sino que anima a otros a hacer la misma experiencia: “ven y verás” (Jn 1,46). Animar significa dar aliento, dar espíritu, entusiasmar... y ésta es una tarea importante para todo acompañante. Se anima a otros con la vida y la palabra, desde la cercanía, la comprensión, la exigencia y el testimonio callado de nuestra misma entrega (Pedro Castillo, CM).*

No podemos terminar, está visión de los apóstoles sin recordar a María, la Madre de Jesús, icono de la Trinidad y de la Iglesia. Los Hechos de los Apóstoles nos perpetúan la

presencia de María junto a los Apóstoles en aquellos días tan importantes que precedieron a Pentecostés: *Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos* (Hch 1,14). María, al igual que la vida religiosa, nos presenta un aspecto diferente y complementario de Iglesia, no caracterizado por el aspecto jerárquico sino más bien por su presencia discreta que acompaña en momentos difíciles y de incertidumbre y que en la oración pone en Dios toda su confianza. Verdaderamente su ejemplo maternal es inspirador para nosotros, invitados por nuestro Fundador a tener ternura de madre y movidos en lo más profundo de nuestro ser humano a integrar el ánima y el ánimo que nos habitan. Como nos dice la Constitución conciliar *Lumen Gentium: La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan en la regeneración de los hombres* (LG 65).

María es icono de la Trinidad y de la Iglesia porque nos revela el profundo e inescrutable misterio de Dios. Un Dios que se compara con la madre que consuela, madre incapaz de olvidarse del hijo de sus entrañas, que al final de la historia enjugará las lágrimas de nuestros ojos. Dimensión maternal que nosotros y la Iglesia estamos llamados a hacer visible a partir de una óptica marcada por relaciones más fraternales, más tiernas y solidarias, más contemplativas y en comunión con la tierra. Como nos dice Bruno Forte: *En la escuela de María, la Iglesia aprende continuamente el estilo de una maternidad generosa y atenta, de un amor que no espera, sino que se adelanta a las necesidades de los hombres y las*

atiende en concreto, dándoles no sólo la vida, sino el gozo y el sentido de la vida misma.

• **El Beato Hermano Rafael Luis Rafiringa:** *Por lo tanto el misionero educador debe utilizar todo lo que está en el país para la educación de los niños: montañas y colinas, llanuras, y valles, bosques y selvas, la hermosa naturaleza del campo, los cantos de los pájaros, las caídas de las cascadas y los picos de los montes altos, el bello espectáculo del cielo en el atardecer...* (H. Rafael Luis).

Tuve la dicha de participar en el mes de junio en la beatificación del Hermano Rafael Luis Rafiringa. Guardo un recuerdo imborrable de aquella Eucaristía del día de la Santísima Trinidad, en que con la presencia de más de 200.000 personas fue elevado a los altares nuestro Hermano Rafael. Me impresionaron los cantos, las danzas, los silencios respetuosos de esta inmensa multitud. Por otra parte admiré mucho a la Iglesia malgache y a nuestros Hermanos del Distrito de Antananarivo por la manera cuidada y motivadora con que prepararon las diversas actividades de esos días. Fueron realmente días de gracia y bendición.

El Hermano Rafael es también un icono para nosotros en la manera como vivió su pertenencia a la Iglesia y en su dedicación a los jóvenes como educador, catequista y líder. Durante un tiempo en que los misioneros extranjeros fueron expulsados del país, el Hermano Rafael fue escogido como Presidente de la Unión Católica para Madagascar, dirigiendo la Iglesia durante el período de gran oposición. Una postulante de las Hermanas de San José de Cluny, des-

pués de relatar el cuidado que tomó con ella y sus compañeras para que pudieran seguir su proceso formativo añade: *Durante los tres años de ausencia de la misión, el C.H. Rafael fue jefe de la Cristiandad. Casi cada domingo era él quien hacía la instrucción y la exhortación de los fieles. Era admirable cómo sus exhortaciones reanimaban verdaderamente el coraje de los fieles* (Symphora Rafaraso).

Me llaman particularmente la atención tres actitudes de nuestro Beato, que me parece son de plena actualidad sobre todo en aquellos sectores más jóvenes del Instituto.

- Su deseo de una *evangelización inculturada* que aparece claramente expresada en un pequeño compendio sobre misionología que nos dejó. Refleja ante todo un profundo amor a su país y a su cultura y nos dice por ejemplo: *De modo que los usos y costumbres, las maneras de cada nación no son inventos de los hombres sino obras de la sabiduría divina y así debemos respetarlos.* Y añade: *Al llegar al país de su misión, los misioneros deben tomar, por así decirlo, a los indígenas tal como son, con sus usos y costumbres, sus hábitos, sus maneras, su lengua y acompañarlos en la religión cristiana, formar a Jesucristo en ellos.* Y recordando lo acontecido en Pentecostés, cuando cada grupo escuchaba a los Apóstoles en su propia lengua, precisa: *Esto nos enseña que los Apóstoles y los misioneros, sus sucesores, al llevar el Evangelio a otras naciones, deben hacer que allí entre la Religión cristiana, sin querer cambiar ni sus usos ni sus hábitos.* El Hermano Rafael insiste en que los religiosos y sacerdotes malgaches *sepan a fondo la lengua malgache: sin eso, los malgaches los tratarán como a fantoches de malgache y no como verdaderos malgaches.*
- *Las cualidades que deben acompañar a un misionero.* La

primera de todas la búsqueda constante de la Voluntad de Dios, de su plan de salvación universal y en esto debe ser un perfecto obediente: *diciendo a menudo en medio de sus trabajos apostólicos: no he venido a este país para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Dios que me ha enviado aquí por medio de mis superiores... obedeciendo hasta la muerte de sí mismo, renunciando al espíritu propio, a sus modos, para meterse en el espíritu del país, en todo lo que no sea contrario a la Ley de Dios.* Además el misionero -nos dice- debe tener una profunda vida de fe y ser él mismo *una enseñanza viviente en todo su ser*; debe poseer también una piedad no común; una profunda humildad; un gran desprendimiento de todas las cosas; amor a la cruz; amplitud de miras y actitud de continuidad. Como vemos lo divino y lo humano integrados plenamente de acuerdo al espíritu lasallista de no hacer diferencias.

- *Consejos para la formación* aparecen a menudo en sus cartas sobre todo aquellas que dirige al Hermano Visitador europeo. Con mucha claridad, honestidad y espíritu crítico le señala a menudo aspectos que, como Hermano autóctono, piensa no deberían descuidarse. Aquí insiste en que se debe tener en cuenta el estilo y la mentalidad malgache. Pensando en la formación de sus Hermanos malgaches, escribe al Hermano Visitador pidiéndole que tenga en cuenta particularmente, cuatro cosas. Como podremos ver el listón que propone es muy exigente:
 - *Deben tener más piedad que un Hermano europeo ordinario*, de lo contrario será difícil que perseveren ya que se encuentran más expuestos que los Hermanos venidos de fuera. Se trata de una piedad enraizada en íntimas convicciones.

- *Deben recibir una formación viril y ser cultivados, y para esto sugiere una base filosófica y el amplio desarrollo de sus facultades intelectuales.*
- *Conocer a fondo la lengua malgache y su literatura.* Como vemos un tema recurrente al que le dedica mucho espacio e interés. Le interesa que los Hermanos jóvenes puedan hablar en público y ser respetados y nos dice que de lo contrario, pueden poner en peligro su perseverancia, ya que el desprecio mata.
- Finalmente, toca el tema de la formación permanente: *Sea cual fuere el conocimiento que pueda tener un Hermano malgache... debe siempre continuar cultivando todos los dones que la Providencia tuvo la bondad de acordarle.*

El Hermano Rafael Luis, fue el primer Hermano africano. Ciertamente es un modelo para todos, pero pienso que especialmente para los Hermanos de África y Madagascar. Hombre de Dios, Hermano auténtico, religioso ejemplar, intelectual, místico y profeta. Ojalá su ejemplo y su protección sean una llamada a todos los Hermanos de esta Región del Instituto que despierta tantas esperanzas, a vivir con autenticidad nuestro ministerio como Mensajeros y Apóstoles, enviados por la Iglesia para hacer presente el Reino de Dios en ese continente tan necesitado de educación, solidaridad y compasión.

•Mauléon: Aquí o allá ser servidores

Una de las experiencias más hermosas que he vivido este año ha sido mi participación en la celebración de los 125

años de la presencia de los Hermanos en Mauléon que coincidieron también con la despedida de la comunidad, ya que en los próximos meses por motivos de fuerza mayor los Hermanos irán a diversas comunidades y se cerrará esta casa. La serenidad con que los Hermanos están viviendo este momento y la calidad fraterna de sus personas, así como el liderazgo de su Hermano Director, me han impresionado mucho.

El lema escogido para este acontecimiento: *Aquí o allá ser servidores*, me parece encierra el espíritu que animaba a los Hermanos de la comunidad, tristes ciertamente por tener que dejar una Casa que para muchos fue Noviciado, que durante la Segunda Guerra mundial de 1940 a 1946 fue Casa Generalicia, y de la que salieron tantos Hermanos como Mensajeros y Apóstoles para nuestras obras de Francia, para consolidar el Distrito de Bilbao y para otras misiones lejanas. Tristes por el término de una etapa de 125 años, pero serenos por saber que si una puerta se cierra, se abren también muchas más que van fraternalmente a recibirlos. Lo importante no es el aquí o el allá, sino el ser siempre servidores.

La presencia de tantos Hermanos venidos a la celebración, muchos de ellos antiguos novicios, así como también una nutrida representación del Distrito de Bilbao, encabezada por sus Visitadores, fue una muestra de apoyo y cariño fraterno. Pero sobre todo, la presencia de la gente de Mauléon que acompañó a los Hermanos en estas celebraciones, el reconocimiento hecho por los sacerdotes del lugar, la presencia del Obispo en la Eucaristía, fueron un testimonio de que la misión realizada valió la pena y fue

signo visible de la bondad de Dios para muchos. Un icono expresivo del valor de nuestra vida comunitaria para la Iglesia.

Termino con el testimonio de un Hermano participante, al que solicité me diera sus impresiones, que por otra parte, han sido publicadas en la Revista del Distrito de Bilbao: *Aquella celebración me estaba haciendo evidente el sentido de nuestra presencia en este mundo: nuestra comunidad no está para hacer ningún trabajo sino para despertar esperanza o proponer sentido. La gente de Mauléon nunca ha conocido una escuela lasaliana, como sí ocurre en muchos otros sitios. Conoce únicamente la presencia de nuestra comunidad y su esfuerzo por preparar maestros cristianos que vivan en comunidad al servicio de un pueblo, una región, un territorio. Eso sí lo sabía y le bastaba para vivir aquella celebración como si nuestra comunidad no tuviera secretos para ellos.*

Ésa es la misión: testimoniar la fe en el sentido, es decir, en Dios. Testimoniarla como comunidad y hacerlo en un tono sencillo, entrañable, próximo, nada pretencioso, aceptador de las condiciones de lo local, entregado, fiel. Mostrar que creemos en Dios y en nuestro pueblo porque creemos en los demás, con quienes vivimos. A quien quiere verlo, eso le dice que la vida tiene sentido. O que al menos hay quien lo cree y que personas así son capaces de dedicarle sus vidas (Hno. Pedro Gil).

- **América Latina:** ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas

de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza!
(DA 548).

Este año he realizado la visita pastoral a América Latina, acompañado del Hermano Edgar Nicodem, Consejero General para esta Región (RELAL). Ha sido también un momento de gracia y de fraternidad. Y comienzo este comentario con un texto de Aparecida, la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que pidió a todos los cristianos de este continente, que representan el 50% de los católicos del mundo, ser *“discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”*. América Latina es un icono de una Iglesia cercana a la gente, atenta a los jóvenes y a los pobres, con una teología que parte de la vida y una espiritualidad cordial y afectiva.

Aparecida insiste en la necesidad de una fuerte experiencia religiosa, en la vivencia comunitaria, en la formación bíblica centrada en el compartir la Palabra de Dios, en el compromiso misionero de todos a partir de su propia vocación. Elementos que con otras palabras encontramos expresados en nuestro último Capítulo General. Coincidencias providenciales que nos permiten descubrir los caminos de Dios y los signos de los tiempos a los que debemos estar atentos.

Este año también estamos celebrando los 50 años de la CLAR (Conferencia Latinoamericana de Religiosos), que por la primera vez en su historia ha elegido como Presidente a un Hermano, a nuestro Hermano Paulo Petry del Distrito de Sao Paulo y que nos invita, a su vez, a una vida re-

ligiosa, mística y profética. Creo que este doble mensaje debe llegar al corazón de todos los Hermanos latinoamericanos, y que va en la línea de lo que nos ha propuesto el Fundador en las Meditaciones que en esta ocasión hemos contemplado.

América Latina es la Región del Instituto que tiene más Hermanos jóvenes. Es una gran esperanza y un fuerte desafío. Gracias a Dios contamos con candidatos en nuestras Casas de formación y no deja de ser impresionante reunirse con grupos numerosos de postulantes, novicios, escolásticos... No podemos fallarles y debemos cuidar particularmente los primeros años de vida comunitaria y los que siguen a la Profesión perpetua. La pastoral vocacional sigue dando resultados satisfactorios y se le da en general una prioridad distrital. Al mismo tiempo fue también una experiencia conmovedora, el encuentro con Hermanos mayores, con su profundo amor al Instituto, su testimonio de fidelidad, y su espíritu fraterno.

Valoré particularmente el compromiso de muchos Hermanos jóvenes en la animación pastoral de nuestras obras. Me parece que hemos progresado en este sentido y me alegro de ver que se está venciendo la tentación de confiar a nuestros Hermanos únicamente responsabilidades administrativas, que queramos o no, nos alejan de los jóvenes.

La Región Lasallista Latinoamericana se ha caracterizado en los últimos años por la creación de centros de Educación superior y universitario. Creo que es la respuesta a una necesidad, manifestada en alguna petición de la Iglesia local, de un

grupo de exalumnos o de la misma sociedad. Pero para ser lasallista una Universidad tiene que ofrecer algo diferente y debe privilegiar las carreras que tengan impacto social, educativo o religioso. El aprendizaje y la investigación deben desembocar en la transformación de la realidad. Tuve la alegría de constatar en algún encuentro con jóvenes universitarios su deseo de comprometerse en la construcción de un mundo distinto, y sus sugerencias y deseos para que hubiera proyectos universitarios orientados en esta dirección.

Como lo recordaba en el IX Encuentro de IALU, celebrado en Filadelfia en el mes de junio pasado ninguna de nuestras universidades y centros están inmunes a la tentación del elitismo, del crecimiento insostenible, de aparecer lo que no somos, de contentarnos con una excelencia de tipo empresarial. Por ello, estamos llamados a una constante revisión de nuestro ser y actuar, a la luz de la misión que nos ha convocado. Esto implica, me parece, que debemos estar más intencionalmente conscientes de esa misión, al menos con la misma intensidad con la que atendemos a la calidad académica y a los recursos financieros para la obra. La excelencia evangélica es la que nos debe distinguir, y ésta se manifiesta fundamentalmente en nuestra opción por el pobre, el excluido, los no amados, los que tienen menos oportunidades haciendo nuestra su causa.

La pobreza, desgraciadamente no ha disminuido en el continente y el Instituto, con creatividad y eficacia, necesita tener los ojos muy abiertos para responder a tantas ingentes necesidades. Por eso fue una gran alegría poder visitar nuevos proyectos u obras remozadas, así como encontrar gru-

pos juveniles comprometidos en el servicio a los más necesitados. Recuerdo particularmente el encuentro con jóvenes indígenas en un Internado tomado recientemente por los Hermanos, a donde acuden de muchos pueblos lejanos, dándoles así una oportunidad que de otra manera no podrían tener. En esta ocasión los acompañaban muchos de sus padres. Fue conmovedor escuchar sus testimonios. Otra hermosa experiencia vivida fue la participación en la inauguración en Bogotá del Observatorio educativo lasallista para los derechos de la niñez y la juventud en América Latina y el Caribe por parte de la RELAL. Una respuesta muy concreta a situaciones muchas veces trágicas que no pueden dejarnos indiferentes.

CONCLUSIÓN

En cuanto a ustedes, no se hagan llamar 'maestro', porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos (Mt 23,8).

Al terminar esta Carta quisiera recordar aquel texto del Fundador ya citado, en que nos invita a subir y bajar, como los Ángeles en la escalera de Jacob. Creo que estas dos dimensiones son fundamentales en nuestra vida de Hermano, en nuestro servicio a la Iglesia y en nuestro compromiso en la construcción del Reino. Subir porque es en el Señor en quien ponemos nuestra fuerza, con la certeza de que, como nos dice el profeta Isaías: *Los jóvenes se cansan, se fatigan; los valientes tropiezan y vacilan; pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, suben con alas como de águila, corren sin cansarse, marchan sin fatigarse (Is 40, 30-31).* Subir para descubrir

mejor en el silencio de la oración, el plan salvífico de Dios, su voluntad de que todos se salven, su sueño del Reino, objetivo final por el que trabaja la Iglesia, que rebasa sus fronteras y que sigue caminos, que muchas veces se nos escapan.

Y bajar como Moisés, con el rostro encendido por el encuentro con el Transcendente, con el corazón ardiente para ser instrumentos de salvación allí donde el Señor nos ha puesto, en nuestro trabajo directo con niños y jóvenes, en nuestro servicio a los pobres, en el compartir nuestro carisma, en la catequesis explícita y/o en la formación humana según los casos, en el interior de nuestras comunidades, en el ambiente sereno de nuestras Casas de Hermanos mayores. Como lo ha expresado Joan Chittister, debemos movernos y pasar permanentemente *de la sabiduría contemplativa a la acción compasiva*. Sin olvidar el camino descendente de Jesús. *Nuestro Dios es un Dios encarnado y abajado reduplicativamente: abajado a lo humano, y abajado a aquello que, dentro de lo humano, está más abajo, lo pobre y débil. Ese abajamiento no es accidental o pasajero, sino que en el abajo de la historia Dios ha encontrado su lugar...* (J Sobrino).

Y el mayor regalo que podemos hacer a la Iglesia es vivir lo anterior como Hermanos. Como Hermanos con un corazón sin fronteras, abierto a todos y sin deseo de estar encima de otros. Como Hermanos que descubren la presencia del Padre, en la Palabra y en los Sacramentos, pero también en la naturaleza y en las otras religiones y particularmente en el rostro de los pobres. Como Hermanos que no imponen sino acompañan, haciendo nuestro el consejo de San

Vicente de Paul: *No tengáis en absoluto deseo de parecer superior ni maestro. Yo no soy del mismo parecer de una persona que me decía, hace unos días, que para ejercer y mantener bien su autoridad era necesario que se notara que es el superior. ¡Oh, Dios mío! Nuestro Señor Jesucristo nunca habló así; nos enseña todo lo contrario tanto de palabra como con el ejemplo, diciéndonos que él mismo vino no para ser servido sino para servir a los demás, y que el que quiera ser el primero debe ser el servidor de todos (Mc 10, 44-45).*

Consagrados por el Dios Trinidad como comunidad de Hermanos: mensajeros y apóstoles enviados por la Iglesia para hacer presente el Reino de Dios, prosigamos la misión de Jesús haciendo nuestra su llamada.

Haced discípulos míos, no maestros.

Haced personas, no esclavos.

Haced caminantes, no gente asentada.

Haced servidores, no jefes: HACED HERMANOS.

Haced buscadores de verdad, no amos de certezas.

Haced poetas, no pragmáticos.

Haced personas arriesgadas, no espectadores: HACED HERMANOS.

Haced profetas, no cortesanos.

Haced gente inquieta, no satisfecha.

Haced personas libres, no leguleyas.

Haced gente evangélica, no agorera: HACED HERMANOS.

*Haced personas de encuentro:
con entrañas y ternura,
con promesas y esperanzas,
con presencia y paciencia,
con misión y envío: HACED HERMANOS.*

*Haced discípulos míos.
Dadles todo lo que os he dado
y sentíos HERMANOS.*

(Florentino Ulibarri, SJ).

Fraternalmente en De La Salle:



Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General